



La resurrección de Jesús, fundamento de nuestra esperanza

Luis Ovando Hernández, SJ

Los cristianos actualizamos, año tras año, el misterio pascual de Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, con la convicción y la esperanza de que Dios hará con nosotros lo mismo que hizo con su Hijo: cuando todo parecía perdido y que la verdad estaba del lado de quienes asesinaron a Jesús, Dios irrumpe en la historia rescatando a su Hijo de la muerte y lo hace partícipe de su misma vida.

La situación que atravesamos como país es tan dramática que podría dar pie a muchas personas a tomar las siguientes consideraciones como una "trampa retórica" que no tiene asidero alguno en la realidad. Sin embargo, y en contra de quienes así piensan, nuestra situación nos invita a todos los cristianos, una vez celebrada la Semana Santa, no a abrazar las banderas de la polarización y la confrontación sino a elevar nuevamente el tono de la convivencia y de la paz. En esto, como en el camino que le tocó hacer a Jesús, tenemos que llegar hasta el final, aunque la realidad nos diga todo lo contrario.

Es por ello que queremos ofrecer una reflexión sobre la resurrección de Jesús y cómo nos afecta a nosotros, si es que nos afecta, en este tiempo inaugurado por su resurrección.

La resurrección tiene que ver con nosotros

Partimos del sentido que tiene la resurrección en nosotros, en este momento concreto, en Jesús y en Dios mismo: si nos tomamos en serio el testimonio de los apósto-

les, Jesús, con su resurrección, atrae a sí a todos los condenados y abatidos de la historia (Jn 12,32). Nosotros vivimos la experiencia de su atracción gracias a su prestancia como Señor y notamos cómo se abre paso en nuestra historia gracias a su resurrección (1Co 15,17). Esta nueva presencia suya, nacida a partir de su entrega total, es fuerza esperanzadora que nos habla de su resurrección como acción suprema de Dios Padre.

Quien hasta el momento de su muerte vivió en este mundo, con la resurrección, vive ahora en Dios: gracias al gesto más humano que cumple Jesús, Dios nos acoge a todos en su vida como hijos suyos precisamente porque él aprendió y se definió como Hijo (Rom 8,33), y pone ante nuestros ojos este sendero como el más indicado para que crezcamos como personas.

Ahora bien, es necesario apartar de nuestro imaginario la idea de la resurrección como "premio" que nos espera al final de nuestro recorrido. La resurrección no tiene nada que ver con esto y no nos concierne a nosotros de este modo.

Jesús, una vez muerto y resucitado, se hace presente mediante su Espíritu Santo permeándolo absolutamente todo. El Espíritu de Jesús es el lugar de encuentro con Dios: cuando Jesús entregó en la cruz lo último que le quedaba de vida (expiró y de su costado brotaron sangre y agua, según san Juan), da el Espíritu Santo, nos entrega la fuente única de su entrega; con este regalo del Crucificado Resucitado somos constituidos en testigos suyos. Es en este sentido que la resurrección tiene que ver con nosotros: la resurrección es un acontecimiento para mí, para nosotros; es central en nuestra experiencia como cristianos porque nos hace testigos del Crucificado Resucitado.

Que nosotros seamos testigos quiere decir que somos conscientes del don recibido en los vasos de barro de nuestras existencias: a pesar de nuestras infidelidades en el andar, Jesús nos invita a ser los testigos de su resurrección. En ese sentido es que cobra especial importancia la experiencia siempre actualizada de acompañar a Jesús con su cruz: si nos mantenemos al

pie de la misma, se derrama sobre nosotros su Espíritu, aceptamos este don precioso que viene de él y que nos ayuda a entender la resurrección no en términos de premio sino de relación: él estará siempre con nosotros, incluso a pesar de los momentos históricos concretos que estemos pasando. Esto es fuente de esperanza, acrecienta nuestra fe en él, en Dios y en nosotros mismos.

Es esta fe la que nos permite dar un paso hacia delante. Si hicimos la experiencia de encontrarnos ante un fracasado, víctima del mal de este mundo, ahora nos aferramos a la relación que nace de sabernos en su presencia, sabernos acompañados en todo momento por él. La fe en el Resucitado nos hace más personas a la vez que se acrecienta dicha fe.

Dios cumple sus promesas

La resurrección de Jesús nos dice al menos de dos cosas sobre Dios: en primer lugar, Él cumple con su palabra. En segundo lugar, lo hace de una manera realmente distinta a como se le suele concebir. Es por esta razón que la resurrección es una "novedad" histórica. Ahora bien, sólo quien se encuentra mal o quien aspira a algo mejor y mayor que lo dado, es capaz de abrirse a esta novedad de Dios.

Si decimos que Venezuela está atravesando una de las peores crisis de su época republicana, la novedad de la resurrección y la fidelidad del Padre encuentran en nuestro país tierra fértil para que crezca fuerte y bella la flor de la relación que nos hace personas y que nos permite reconocer a los otros como tales.

La resurrección es una experiencia completamente nueva, incluso para el mismo Jesús. Él conoce de modo distinto a Dios. Pero hay más: él mismo es novedad para aquellos que lo vieron morir, y de esto darán testimonio real sus testigos. Ellos vencerán el miedo y el ensimismamiento y se lanzarán a proclamar lo que le pasó a Jesús y lo que le pasó a ellos mismos. Será el Resucitado quien infunda en ellos esta fe, pero serán ellos quienes se abran generosamente a acogerla con todas sus consecuencias.

La fe en Jesús resucitado es el fundamento de nuestra vida, nos infunde su vida que nos ayuda a crear propuestas de vida ante las situaciones de muerte en que nos movemos.

¿Qué debe buscar la Iglesia?

Si la Resurrección de Jesús suscita la fe de los testigos en él, y si esta fe está encaminada a proclamarlo vivo en nuestra realidad concreta, es necesario incluir este dato en nuestro momento. La Iglesia tiene que asumir esta tarea urgentemente precisamente porque nuestra situación es tan dramática que no tenemos fuerzas para otra cosa.

El mensaje debe ser claro y dirigido a todos los venezolanos: queremos, y podemos, vivir en paz. Es necesario comenzar ya a allanar las vías de la reconciliación, debemos obstinarnos en socializar la idea de que en nuestro país cabemos todos. Nuestra gente está a la búsqueda de intermediarios que le ayuden a superar humanamente todas las consecuencias de lo que estamos atravesando; y la Iglesia es uno de estos intermediarios válidos que promueva la reconstrucción del país, empezando por sus instituciones en un momento histórico inédito como este.

Con la confianza puesta en el Resucitado y en nuestra cultura democrática que ha salido a flote en estos últimos años, es que daremos con una salida igualmente democrática a nuestra situación crítica. Que nuestro futuro nos salga al encuentro y determine nuestro presente: lo permanente de nuestra historia personal y social, nuestras luces y generosidad, que nos constituyen en hijos de Dios... todo esto es la tendencia espontánea de la inmensa mayoría del país. Que lo que hagamos, lo hagamos "como Dios manda".

.....

Luis Ovando Hernández, SJ. Miembro del Consejo de Redacción.